

La formación de los intelectuales del Ateneo

Susana Quintanilla Osorio*

En sus memorias, cartas y ensayos, los miembros del Ateneo se describen como personajes incomprensibles, figuras errantes sin tiempo ni lugar... "somos algo inexplicable en la historia de Anáhuac... desterrados de no sé qué época y país", dijo Julio Torri a Alfonso Reyes en su correspondencia.¹

De hacer caso a estos ejercicios autobiográficos, la generación del centenario tendría que ser vista como un ave exótica que levantó su vuelo por encima de una realidad en donde campeaban la ignorancia y la improvisación. Esta imagen de una juventud rebelde, formada por sí misma, sin lazos que la ataran a un país "bárbaro", ha sido reproducida por quienes, afectos a las teorías de los grandes hombres, aceptaron con facilidad el "exotismo", la "rareza" o el "genio innato" del grupo que dio vida al Ateneo.² Así, se ha generalizado la idea de que los ateneístas fueron seres excepcionales, de esos que florecen sólo de vez en cuando y están destinados, en palabras de Luis González, a dirigir a las masas de trabajadores, a la muchedumbre de un estado-nación.³

Que algunos miembros de este grupo tenían dones fuera de lo común es algo que nadie, después de leerlos, puede poner en duda. El reto del historiador no consiste, sin embargo, en buscar más adjetivos con los cuales calificar

su obra, sino en explicar el porqué, en tal momento y espacio, del surgimiento de dicha pléyade intelectual. En la búsqueda de respuestas a esta interrogante resultan insuficientes aquellos esquemas, tan de moda en los últimos años, que tipifican a los sujetos en función de su origen socioeconómico, de su pertenencia a una clase. En oposición al mito que atribuye a la intelectualidad de los diez dotes sobrenaturales, se ha construido otro igualmente dañino: aquel que ve a esta generación como el producto y la representante de la "pequeña burguesía" nacida al ritmo del progreso porfirista.⁴

¿Cómo salir de este debate entre una posición que niega la influencia del medio sobre los individuos y otra que reduce las características de éstos a las "condiciones materiales" de su existencia? Un camino posible es el de la reconstrucción histórica de sus orígenes, primeras experiencias y aprendizajes, así como el estudio de las escuelas por las que pasaron y de aquellas instancias no institucionales que intervinieron en su formación.⁵ Este viaje por las genealogías, la rutina familiar, la infancia, los salones de clase, el ambiente estudiantil y la bohemia citadina de finales del siglo XIX y principios del XX adquiere sentido en tanto permite adentrarnos en la vida social de aquella época. La educación recibida por estos señoritos porfirianos nos habla de las expectativas, normas, percepciones, significados y va-

* Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV-IPN.

lores de su entorno y de cómo las personas se apropiaban de ellas o luchaban por transformarlas.⁶ El análisis de este proceso exige el uso de fuentes tradicionalmente despreciadas⁷ y remite al mundo de lo privado, espacio donde la historia transcurre con lentitud y los tiempos se borran. Requiere, asimismo, de una mirada distinta del historiador, menos preocupada por los acontecimientos, más atenta hacia la vida cotidiana, la lucha real de los hombres.

Este trabajo sigue el camino antes descrito y tiene como protagonistas a cuatro integrantes del Ateneo: Antonio Caso, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes y José Vasconcelos.⁸ El relato abarca de 1882 a 1908 y se desarrolla en los escenarios domésticos y escolares, en las tertulias y el barrio estudiantil porfirianos. Los actores secundarios son otros socios del Ateneo que acompañaron a nuestros personajes en ciertos tramos de su recorrido, así como sus familiares, amigos y maestros.

Dado el reducido número de casos estudiados, su arbitraria selección y las insuficiencias de las fuentes básicas empleadas, el ensayo sólo atisba en algunos fragmentos de un todo por demás complejo. Los límites del estudio son obvios y están definidos, en buena medida, por las características de los sujetos seleccionados, de su pequeño círculo, su visión de las cosas y de los hombres. Los procesos aquí descritos no pueden generalizarse ni siquiera hacia aquel grupo de amigos con los que nuestros protagonistas compartieron un status, experiencias e ideas.⁹ Mucho menos podrían tomarse como referente para explicar la formación de otros hombres, también de la época, cuyo mundo —aunque cercano geográficamente— estaba muy lejos del aquí explorado. Pese a estas limitaciones, el esfuerzo por escapar de una historiografía de la educación centrada en la política, las normas y el discurso oficial vale la pena.

Genealogías

La generación del centenario fue, a la vez,

producto y parte de una época parcialmente destruida por la Revolución. Sus primeros años transcurrieron de forma paralela al fortalecimiento del régimen porfirista y su educación superior fue recibida en ese clima de tensiones e intranquilidad de principios de siglo. El porfiriato, con sus camas chicas y vendavales, fue la matriz en la que se gestaron los ateneístas. Una matriz heterogénea, en cuyo interior crecieron diversos actores sociales. Aun en un grupo tan reducido como el aquí estudiado, esta diversidad puede apreciarse.

Si bien en términos económicos, de su lugar en las relaciones de producción, todos los sujetos elegidos pertenecían a los estratos superiores, poseían recursos, historias familiares y niveles de vida muy distintos. Las familias de Nemesio García Naranjo y Alfonso Reyes eran parte de la oligarquía tradicional que en el transcurso de las gestas liberales ganó poder y fortuna.¹⁰ El primero descendía del clan que durante décadas gobernó al estado de Nuevo León, apoderándose de su desértico territorio. Hoy, el poblado en el cual nació lleva el nombre de Lampazos de Naranjo, en memoria del caudillo liberal cuya estrella comenzó a declinar conforme el dictador asentaba su poderío.¹¹

Como los Naranjo, los Reyes forjaron su carrera en la actividad bélica. Proveniente de Nicaragua, Domingo Reyes militó en las filas de los liberales y fue jefe político del Cantón de la Barca (Jalisco). Su hijo, don Bernardo Reyes, se unió a las tropas que combatían contra la invasión francesa. “Entre heroicidades sin cuento, que a veces parecen arrancadas a los antiguos romanceros”,¹² llegó a general de brigada, puesto desde el cual ascendería (gracias a su incondicional apoyo al héroe de Tuxtepec) a gobernador de Nuevo León y, por un breve periodo, a ministro de Guerra.¹³

A diferencia de sus condiscípulos, cuyos provincianos ancestros conquistaron el poder armas en mano, Antonio Caso perteneció a esa tenaz, aunque “advenediza”, clase media urbana, “orgullo de la nación”, al decir de Díaz y los “científicos”. En 1796, dos miembros de la familia que le dio nombre al pueblo Campo de Caso, cerca de Oviedo, partieron hacia la Nue-

va España con el propósito de hacer fortuna. Entre sus descendientes destacó Bruno Caso, conocido médico de ideas liberales. Uno de sus hijos, padre de Antonio, fue discípulo de Gabino Barrera y miembros de la primera generación formada bajo la influencia del positivismo, doctrina que hizo suya.¹⁴ Ejerció con éxito la profesión de ingeniero civil pero sin alcanzar las alturas a las que llegaron algunos de sus compañeros de banca.

José Vasconcelos provenía de una rama menos ilustre y, por el lado paterno, más irregular. Su padre, hijo ilegítimo de un comerciante de ideas conservadoras, fue un modesto agente aduanal. Esto explica, en parte, la preferencia de José Vasconcelos por la parentela materna, los Calderón. El abuelo era todo un personaje decimonónico: doctor, liberal, admirador de Juárez, combatiente contra los franceses y lerdista. En 1857 dio refugio en su rancho de Tlaxiaco a Porfirio Díaz y le curó una herida de bala. Agradecido, el presidente lo nombraría, años después, senador vitalicio por Oaxaca.¹⁵

Con excepción de Antonio Caso, ése sí capitalino de nacimiento, todos los sujetos estudiados crecieron en las lejanas provincias del norte, por aquel tiempo en pleno despegue. Este dato, si bien azaroso, debe tomarse en cuenta. No olvidemos que fue esa zona de la República, sólo años atrás territorio de indios alzados, aventureros y colonos, la que daría los futuros caudillos y dirigentes. Vivir en ella implicaba participar en el ascenso de una economía moderna, en el desarrollo de una cultura secular y, en cierto modo, en la construcción de una sociedad menos atada a los lastres coloniales, más cosmopolita.¹⁶ Significaba, asimismo, un contacto cotidiano con nuestro poderoso vecino, los Estados Unidos, referente inevitable para medir los alcances, pero también las miserias, de la nación mexicana.

Para Nemesio García Naranjo y José Vasconcelos el contraste entre los dos países fue aún más palpable. El primero pasó sus primeros años en el Encinal, aldea del desierto de Texas;¹⁷ el segundo vivió una temporada en Piedras Negras y cruzaba todos los días la

frontera para asistir a la escuela de Eagle Pass. Ambos se sintieron orgullosos de haber resistido los encantos de la vida norteamericana, orgullo que acompañaron de un sentimiento de superioridad con respecto a quienes o se dejaron llevar por los atractivos de la nación vecina o nunca pudieron elegir entre una u otra nacionalidad. Lo cierto es que el haber residido en los Estados Unidos les abrió la puerta hacia la cultura anglosajona, prácticamente desconocida en México.

Vida en familia

Pese a la expansión de la escuela elemental, la familia seguía siendo, en las postrimerías del siglo XIX, el centro de la vida social y la educación de los niños. A ella se le confiaba la tutela de los cuerpos y las almas, la transmisión de los valores ciudadanos y el mantenimiento de la moral. Célula de la sociedad, límite fronterizo entre lo público y lo privado, el hogar era el espacio donde los infantes aprendían tanto los primeros conocimientos como el juego de poderes indispensable para sobrevivir.¹⁸ Era, también, la base de una compleja red de relaciones basada en el parentesco, así como la matriz de los lazos afectivos, los vínculos políticos, las rivalidades e influencias que definían el destino de los herederos.¹⁹

En el ámbito doméstico, paraíso e infierno femenino, las mujeres cumplían un papel protagónico: guardianas del honor, introducían a los pequeños en las letras y la religión, censuraban sus lecturas, vigilaban su comportamiento sexual y, con el mismo rigor en el que fueron educadas, se encargaban de mantener la imagen de respetabilidad propia de la época. A su manera, todas padecían problemas comunes: matrimonios por conveniencia, partos peligrosos, copiosas proles, yugo legal hacia la autoridad de padres y maridos. En medio de estas presiones encontraban las formas de obtener recompensas, tomar revancha y, más excepcionalmente, de prepararse y ejercer una profesión.²⁰

Ninguna de las madres de nuestros perso-

najes tuvo estudios superiores, pero todas habían pasado por la escuela, en general católica, y por un largo proceso no formal de aprendizaje que las capacitaba para cumplir las labores domésticas, instruir a sus hijos y hacer tolerable la rutina mediante la organización de eventos. Así, entre juegos, tareas, ritos familiares y ceremonias colectivas, los pequeños adquirían sus primeras nociones y eran incorporados a la vida social. En el hogar patricio de los Reyes estas actividades giraban en torno a las fiestas patrias; en el de los Vasconcelos, por el contrario, la religión funcionaba como ordenador de la vida familiar.

Si las mujeres eran las responsables de dirigir los actos cotidianos, los hombres, por lo regular más "viajados", cultos y emprendedores que sus esposas, aportaban experiencias y saberes del exterior, de un universo ajeno al hogar al que sólo ellos podían llegar. El ingeniero Caso era un profesionalista informado, pendiente de los avances científicos; su mujer tenía que contentarse con el catecismo. Héroe de batallas, hombre cautivado por su imagen pública, el general Bernardo Reyes, una "divinidad henchida de poder y bondad que no podía equivocarse", imponía, sin coerción, sus costumbres e ideas.²¹

Además de los conocimientos elementales correspondía a la familia transmitir un acervo cívico, mezcla curiosa de tradiciones liberales, orgullo nacionalista, rechazo a la "barbarie" del México indio y loas al dictador.²² Al mejor estilo épico, recurriendo a un repertorio de héroes, leyendas patrióticas y pasajes históricos, los padres imprimían un sello de identidad nacional. Dicho sentimiento, puesto a prueba por José Vasconcelos y Nemesio García Naranjo durante sus respectivas estancias en los Estados Unidos, se entrelazaba a menudo con las historias personales de abuelos, tíos o parientes lejanos. Cercanas en tiempo, todavía no curadas del todo las heridas del pasado, las gestas del liberalismo militante adquirían un sentido vivo, palpable no sólo en sus efectos benéficos sino también en sus consecuencias negativas, entre las cuales se pasaba por alto el desmesurado poder de don Porfirio, de cuya

vida mitológica se hacía depender el destino de la nación. Admirado y temido, el caudillo de Tuxtepec era el tutor de un país en ascenso, el hacedor de la paz y el progreso. Su imagen era la de un César, autoritario y generoso a la vez, que sostenía a la República.²³

La instrucción cívica compartía su lugar con el catecismo, parcialmente excluido de algunos hogares de filiación jacobina o masona y reforzado en otros que veían a la ciencia y la doctrina positivista como avances del ateísmo gubernamental. Espantada ante los logros seculares, Carmen Calderón, madre de José Vasconcelos, redobló sus esfuerzos para conducir a su primogénito por los caminos del Señor, enseñarle a valorar las diferencias entre el saber y la fe y vacunarlos contra el "protestantismo pocho" que invadía al norte del país.²⁴ Las misas, festividades religiosas, ayunos y penitencias eran parte de la rutina familiar, un modo de vivir dentro de una sociedad en la que, pese a los embates anticlericales, la religión mantenía su poderío.²⁵

El espíritu religioso se filtraba aun en aquellos núcleos familiares de tendencia liberal y adeptos a la filosofía positiva. Las mujeres eran, por lo común, las transmisoras del evangelio. A diferencia de su marido, positivista y ateo, María Andrade de Caso era católica. Apoyada por su parentela, se encargó de que el pequeño Antonio conociera el dogma cristiano.²⁶ También Alfonso Reyes, quien fue bautizado, tuvo contacto con este último. De acuerdo con su testimonio había un Cristo de marfil bajo el dosel del lecho paterno.²⁷ Los García Naranjo no iban a la iglesia; el cura de la aldea, sin embargo, frecuentaba su casa.²⁸

La escuela básica

La expansión relativa del sistema escolar, la creciente difusión de la cultura de la palabra escrita y los logros del gobierno porfirista en materia educativa hicieron posible que la escuela primaria, antes privilegio exclusivo de unos cuantos, se convirtiera en parte integral de la vida de aquellos niños pertenecientes a

las capas medias y superiores de la sociedad porfiriana.²⁹ Unos, como Reyes y Caso, asistían a planteles privados dirigidos por parientas lejanas o amigas de la familia; los más tenían que conformarse con los planteles oficiales.³⁰

Las descripciones de nuestros protagonistas sobre su experiencia en las aulas permiten asomarnos al mosaico de la educación de aquella época. Y digo mosaico porque existían, entonces como ahora, infinidad de métodos y prácticas pedagógicas: desde las innovaciones didácticas de Laubscher y Rébsamen hasta el uso recurrente del *Silabario de San Miguel*; desde la difusión de los principios roussonianos hasta el empleo de la regla y el palmetazo.³¹ Las diferentes condiciones locales, la historia particular de cada institución y el peso de la rutina hacían imposible el ideal del estado de uniformar la enseñanza y dotarla de un sentido nacional, único para todas las escuelas. Así lo muestra, por lo menos, el itinerario escolar de José Vasconcelos, quien transitó de la escuela norteamericana de Eagle Pass hacia el Instituto Científico y Literario de Toluca, gloria del liberalismo mexicano, bastión del pensamiento anticlerical y segundo centro en reformar el plan de estudios de acuerdo con las orientaciones de Gabino Barreda. De ahí pasó al Instituto Campechano, en el que no existía la pasión jacobinizante del de Toluca y privaba el modelo francés a la vieja usanza.

Aun dentro de esta diversidad es posible encontrar elementos comunes, entre los que destaca la permanencia de la tradición liberal³² y, como parte de ella, la laicidad de los contenidos escolares. Ninguno de los sujetos estudiados menciona que en los salones de clase se le hayan impartido nociones religiosas; en cambio, los recuerdos acerca de los actos cívicos, los honores a la bandera y las festividades patrióticas son frecuentes. No se trataba sólo de una enseñanza laica, sino de una instrucción liberal que, en palabras de Guerra, transmitía "la imagen del hombre, los valores y los símbolos del liberalismo militante".³³

Los historiadores de la Revolución han destacado la importancia de esta enseñanza libe-

ral y su papel en la constitución de una élite ilustrada opositora al régimen. Un estudio más profundo podría mostrar las contradicciones internas de dicha educación, su ineficiencia para encubrir una realidad contraria a los valores transmitidos y la forma como estos últimos chocaban con la experiencia cotidiana de los niños. Nutrido desde pequeño con crónicas heroicas y nostalgias épicas, Nemesio García Naranjo descubriría, no sin desencanto, la "infortunada y triste" historia de su país. Cercano al poder, acostumbrado a ver la política como el campo de batalla de grandes caudillos que conquistan la gloria con generosidad y valentía, Alfonso Reyes vivió de cerca la otra cara del quehacer público: la intriga, el escarnio y la corrupción.

Los conflictos de José Vasconcelos eran más agudos en tanto pasaban por una pugna entre la fe cristiana y el dogma liberal, entre la doctrina familiar y la de la escuela. Formado dentro de un catolicismo moderno, abierto a la ciencia y el progreso, Antonio Caso no padeció esta lucha: gobierno e iglesia, fe y razón, podían convivir dentro de un medio urbano en el que autoridades eclesiásticas y gubernamentales habían aprendido a tolerarse. No sucedía lo mismo en aquellos ambientes provincianos a los que las reformas llegaban tardíamente y en las cuales la hostilidad hacia la escuela, con su atención sobre el individuo, su afán secularizador, su esperanza en la ciencia y su simbología patriótica era mayor.³⁴

Si algo queda claro en este panorama es que el positivismo no llegó a la primaria, o por lo menos no lo hizo a los colegios por los cuales pasaron los sujetos estudiados. La filosofía de Comte se expandió principalmente en los círculos estudiantiles urbanos y tuvo sus mejores frutos en la Escuela Nacional Preparatoria. Fuera de estos ámbitos, su influencia fue mínima.³⁵ El pensamiento liberal reinó en la educación básica, misma que fue objeto de sucesivas reformas en el transcurso de las dos últimas décadas del siglo. Debemos dudar, sin embargo, de la capacidad de dichas iniciativas para modificar la rutina escolar; una rutina impermeable al cambio y no muy distinta a la

del presente: maestro y alumnos reunidos, pizarrón al frente, bancas acomodadas en fila.³⁶ Lejos de lo que se piensa, las formas de mantener la disciplina no eran ni más rígidas ni más autoritarias de las que ahora prevalecen. Salvo las quejas de Alfonso Reyes en contra del Liceo Francés, no encontré testimonios de castigos corporales o imposiciones dogmáticas.

La lectura

La familia, la escuela y la iglesia no eran los únicos agentes en la formación de los menores, quienes recurrían a un medio poderoso para saciar sus intereses: el libro.³⁷ Visto con los ojos del presente, de un presente más alfabetizado pero menos literario, no deja de sorprender el contacto tan estrecho que se tenía con la lectura. Las listas de libros que leían nuestros personajes, el placer que encontraban al tener frente a ellos un texto, los relatos de aquellas tertulias familiares dedicadas a la lectura en voz alta, nos hablan de vías casi extintas de abordar y transmitir la cultura de la palabra escrita³⁸ e indican la existencia de otras formas de uso de la escritura. Saber leer no era sólo una apremiante necesidad dentro de un mundo en el cual la imprenta ganaba terreno, sino también un motivo de gozo. Era, asimismo, un recurso insustituible para atisbar otros mundos y culturas, para escapar de los estrechos límites locales.

Todo indica que a finales del siglo XIX existía en México un sistema de distribución editorial eficaz.³⁹ En la ciudad, las librerías comenzaban a ponerse de moda y eran centros de reunión y tertulia social. Gracias al sistema de pedido y envío, quienes tenían recursos para ello podían adquirir textos de diversos países y mantenerse al tanto de las novedades. La familia Caso logró formar una biblioteca con obras clásicas y científicas, algunas heredadas y otras adquiridas a precios prohibitivos para la mayor parte de la población.

La forma de consumo y uso del libro variaba de acuerdo con el origen social y el espacio donde se vivía. En Monterrey, por aquel en-

tonces en pleno despegue, la cultura de la palabra escrita se expandió en forma notable. El libro constituía un objeto común en las casas patricias, como la de los Reyes. En ella privaban los gustos literarios del padre, quien se encargó de dirigir las primeras incursiones de sus hijos por las letras. Alfonso Reyes completó su formación en la bien surtida biblioteca de un panadero.⁴⁰

El joven Vasconcelos, cuya familia poseía una pequeña biblioteca ambulante dirigida por la madre, tuvo mayores obstáculos que sus futuros condiscípulos para acceder al mundo de lo escrito. En sus memorias se describe como un niño ávido de conocimiento, condenado a leer al azar, gracias a encuentros fortuitos con los libros, varios de los cuales ejercieron sobre él una estupefaciente influencia. En cierto modo, constituye el ejemplo del lector autodidacta que descubre tempranamente el poder que le da sobre los demás el hecho de ser cultivado.⁴¹ Por la noche, hacía un orgulloso recuento de sus lecturas y pensaba, envanecido, que era el joven más culto de Piedras Negras.⁴²

¿Qué leían los niños de aquella época? De hacer caso al recuento hecho por los sujetos de este estudio, tendríamos que poner en primer lugar a los clásicos griegos, las fábulas de La Fontaine y los estudios históricos al estilo *Los episodios nacionales* de Pérez Galdós. En los hogares católicos, como el de Vasconcelos, prevalecían el *Catecismo* del Padre Ripalda, las biografías de santos y las historias del cristianismo.⁴³ Los Reyes, en cambio, eran románticos en sus gustos y apasionados de las crónicas bélicas, como las de Napoleón. Ninguno menciona haber leído en su niñez las novedades en boga de la capital y Jorge Isaacs, autor de *María*, era más conocido que Spencer o Comte.⁴⁴

Bachilleres

Víctimas de una sociedad en la que las fronteras entre la infancia y la "madurez" no estaban claramente definidas, al concluir sus estudios

de primaria, entre los 12 y 14 años de edad, nuestros protagonistas pasaron a ser bachilleres. Ingresaban, con ello, a un grupo social, el de los estudiantes, con grandes privilegios, masculino en cuanto a su composición y urbano por su sentir y ubicación geográfica. Ser alumno de preparatoria daba un sello distintivo con respecto al común de los mortales; significaba entrar por la puerta principal hacia el mundo de la cultura, escaparse de la férula materna y, al paso del tiempo, matricularse en una de las Escuelas Superiores de la capital.

La vista de quienes ambicionaban el triunfo caía sobre la Escuela Nacional Preparatoria. Semillero de los dirigentes más destacados del país, escenario de las luchas entre liberales, "científicos" y conservadores, pilar de la reforma promovida por Juárez, esta institución era el paso obligado para los jóvenes de buena posición con propósitos de hacer carrera.⁴⁵ Esto explica que familias católicas y con pocos recursos, como la de Vasconcelos, enviaran ahí a sus hijos. El gasto que representaba sostenerlos en la capital bien valía la pena.

Antonio Caso fue el primero de los sujetos estudiados en ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria (1896); le siguió José Vasconcelos (1897), quien había iniciado sus cursos de bachillerato en el Instituto Campechano y llegó a la ciudad de México lleno de expectativas hacia el futuro: "...unos años de tesón en las aulas y, tras una serie de éxitos fáciles, la prosperidad y la gloria". Espantado ante el hecho de estudiar en un plantel no sólo laico sino hostil a las creencias religiosas, extremó sus oraciones para salir victorioso de su lucha contra el ateísmo.⁴⁶

Por aquel tiempo, el positivismo aún reinaba en San Ildefonso, pero sin el brío y la vitalidad de los primeros años. Los introductores de esta doctrina ya habían muerto o estaban en la senilidad; los "científicos" mostraban mayor preocupación por la política que por la academia. Encerrados en el círculo de la autocomplacencia, los positivistas caían en la ceremonia ritual, el homenaje vacío y la repetición dogmática. Su ideario educativo no desembocó en un proyecto de enseñanza técnica,

tan necesario para el país, sino en un programa escolar que, más allá de su pasión por la experiencia y el dato empírico, privilegiaba la disciplina sobre el saber.⁴⁷

Alfonso Reyes, quien ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en 1906, tras haber pasado por el Colegio Civil de Monterrey, padeció aún más que sus amigos el deterioro del positivismo mexicano. Para entonces, los maestros formados por Barreda se encontraban en sus postrimerías, seniles y algo automáticos. La pléyade modernista, ya sin su ansia renovadora, se contentaba con quitarse la cátedra de encima con graciosa desgana. Hacía tiempo que los laboratorios necesitaban de nuevos instrumentos y la biblioteca ser desempolvada.⁴⁸ Por otro lado, algunos de los más lúcidos representantes de la intelectualidad positivista comenzaban a dudar de las verdades comtianas.⁴⁹

De dar crédito a los testimonios revisados, podemos decir que la Escuela Nacional Preparatoria estaba muy lejos de ser aquel modelo de excelencia y rigurosidad académica tan emulado por los historiadores. Los contenidos científicos eran transmitidos mediante métodos convencionales, contrarios a las aspiraciones de objetividad, experimentación y cálculo racional. El propósito de formar hombres de ciencia contrastaba con las técnicas didácticas empleadas en los salones de clase, en donde la creatividad y la crítica eran reprimidas y se hacía uso del aprendizaje memorístico de leyes inmodificables.

El régimen disciplinario escolar era un remedo del que privaba en los cuarteles. Incapaces de obtener consenso ante la comunidad estudiantil, las autoridades impusieron un clima de terror. Los alumnos tenían prohibido aplaudir en clase o congregarse en los patios y los alrededores del colegio, así fuera para leer poemas o preparar festejos. Quienes transgredieran las normas eran encerrados en separos oscuros por varias horas; a la segunda o tercera captura, venía la expulsión irrevocable. Los estudiantes sólo podían entregarse a sus juegos libres en grupos determinados, a horas distintas y en locales fijos. Asimismo, y pa-

ra evitar que hojearan material con estampas o leyeran textos "obscenos", sólo se les permitía consultar libros de texto, obras científicas y trabajos literarios previamente escogidos.⁵⁰

La experiencia de Nemesio García Naranjo en el Colegio Civil de Nuevo León, por el que también transitó Alfonso Reyes, permite apreciar las diferencias entre la educación de la metrópoli y la que se impartía en las lejanas provincias del norte. Ahí privaba aún la tradición liberal, el nacionalismo de Altamirano y el amor por los "filtros exigentes de los cánones clásicos". Las modas de la capital comenzaban a imponerse, sin romper con los moldes tradicionales. Esto pone en duda los alcances de la reforma positivista y habla de la durabilidad de ciertas estructuras que no fueron destruidas por la ola de renovación nacida en la ciudad.⁵¹

La población estudiantil del Colegio Civil era muy reducida y gozaba de todo tipo de privilegios. Ahí estudiaban los Garzas, Treviño, Montemayores y Hernández, descendientes de la primera generación de comerciantes y pequeños importadores de tecnología que poblaron a la entonces pujante ciudad de Monterrey. A diferencia de sus padres, audaces pero incultos, estos jóvenes se preparaban para iniciar el auge económico iniciado tiempo atrás. De ahí salió la pléyade empresarial más avanzada de su época: el famoso grupo Monterrey.⁵²

Pese a la lejanía geográfica, los jóvenes regionmontanos podían estar al tanto de las novedades literarias, así como disfrutar de una vida cultural por encima del promedio de la provincia mexicana. Regularmente, desfilaron por Monterrey compañías y espectáculos teatrales. Esperanza Iris, María Conesa y Virginia Fábregas montaron ahí las obras que les dieron fama; la ópera italiana llenaba el teatro Juárez. Además, gracias al periódico *El Espectador*, circulaban los poemas de Manuel José Othón y Enrique González Martínez. Alfonso Cabrera, hermano de Luis, puso en contacto a Nemesio García Naranjo con la *Revista Moderna* y la obra de Jesús Urueta, Amado Nervo y José Juan Tablada.⁵³

Futuros tribunos

En la época porfiriana se decía que para alcanzar el éxito era necesario ser amigo de Díaz y obtener el título de abogado. Como toda sátira social, ésta tenía mucho de verdad. Las escuelas de leyes fueron los centros de educación superior que aportaron mayor número de dirigentes al país. De los cien hombres que, de acuerdo con Luis González, gobernaron la vida económica, política y cultural mexicana en el ocaso del siglo XIX y la aurora del XX, cuarenta y tres recibieron patente de abogacía. Los licenciados sustituyeron a los sacerdotes y militares en el manejo de los asuntos públicos.⁵⁴

Nada tiene de casual, pues, el que todos nuestros personajes hayan cursado la carrera de derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Además de ser la única opción para quienes quisieran estudiar humanidades, esta institución abría las puertas para la actividad pública, de modo que... "el muchacho que acertara a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte, y también de buenos valedores, era fácil que, alcanzando el título no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su 'facilidad de palabra' (fórmula de la época), don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil".⁵⁵

El último del grupo en ingresar a la Escuela Nacional de Jurisprudencia fue Alfonso Reyes; Antonio Caso cursaba ya el segundo año y José Vasconcelos el quinto. Por los salones transitaban, ya sea como profesores o alumnos, los miembros más selectos de la sociedad porfirista. De ahí egresarían varios ministros de gobierno, tribunos de alta categoría, líderes revolucionarios, gobernadores, diplomáticos, hombres de letras y rectores de la Universidad Nacional.⁵⁶ Ya desde entonces, las facultades de derecho eran los centros más sobresalientes del país en el reclutamiento y la formación de las élites políticas, de manera que estudiar en ellas permitía establecer relaciones con los futuros dirigentes,⁵⁷ con quienes nuestros pro-

tagonistas mantendrían relaciones de servicio y apoyo mutuos.

Por la época en la que los ateneístas realizaron sus estudios profesionales se había puesto en marcha la reforma de 1902, misma que tuvo como propósito básico convertir a la Escuela en un "centro orientado a formar los hombres que sirvieran al progreso".⁵⁸ Pese a los vientos renovadores, aún se impartían el latín y el derecho romano (antiguallas de iglesia, al decir de los "científicos") así como otras materias derivadas del modelo "clásico" que por varios siglos dominó en la enseñanza superior. Dicho modelo no antagonizaba con las necesidades de los poderes públicos ni era totalmente contrario a los ideales positivistas. Los conocimientos exigidos para el ejercicio de la administración pública no chocaban con la herencia escolástica. Por otro lado, el gusto de la intelectualidad hacia un gobierno "científico" en manos de los "más capaces" coincidía con la aspiración escolástica de un régimen dirigido por los "sabios", los poseedores del conocimiento.

Más allá de las diferencias ideológicas, los maestros recurrían a similares métodos de enseñanza. En los salones se usaba la cátedra magistral, que permitía lucir las dotes oratorias de los docentes, quienes hacían de su labor un ejercicio teatral. Los libros de texto eran, en su mayoría, franceses, aunque la literatura jurídica mexicana comenzaba a difundirse. El aprovechamiento de los estudiantes era evaluado mediante exámenes orales y escritos.⁵⁹

El centro de la enseñanza era la oratoria, habilidad puesta por encima del rigor académico e incluso de las virtudes morales. El culto al buen decir, legado de la falange liberal, reinaba aún a principios de siglo y hacía que a los grandes oradores, independientemente de la causa que defendieran, se les tuviera en gran estima.⁶⁰ Pero mientras la retórica escolástica intentó dar a las palabras un justo poder, preocupándose por definir su contenido, la de orden secular —empleada fundamentalmente en el discurso político— cayó en el verbalismo, la improvisación y los excesos. Antonio Caso y José Vasconcelos, los "volca-

nes"⁶¹ del grupo, hicieron suyos estos defectos; Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes se rebelarían en contra de ellos.

Por fortuna, ninguno de nuestros personajes tuvo que vivir de la abogacía, de las que aprendieron poco gracias a las memorizaciones de última hora, a los exámenes rutinarios y a los libros. Pero en la Escuela aprendieron otras cosas no por poco académicas menos importantes, como la audacia intelectual, el juicio fácil, la improvisación y, en palabras de Alfonso Reyes, la charlatanería. Este aprendizaje revela, en buena medida, las formas de liderazgo intelectual prevalecientes en aquella época. La cultura "libre" era condición implícita del buen expediente universitario y los modos de desenvolverse en público (elegancia, dominio retórico, soltura, ironía) sustituían otras virtudes, como el culto al trabajo. Novicios de la inteligencia, nuestros personajes se esforzaban por vivir según el modelo del gremio intelectual porfirista.

La bohemia

La ciudad de México era el escenario de una formación no escolar, menos institucionalizada pero más significativa y vital. Los cafés, cantinas y prostíbulos fueron los espacios de diversión, gozo, sexualidad y aprendizaje de los ateneístas. Ahí encontraban la energía perdida en la escuela, las inquietudes que no cabían en las aulas. Quienes habían dejado atrás a su parentela, encontraban, también, una libertad vetada en aquellos ambientes provincianos donde la vigilancia familiar era mayor. Lejos del hogar, instalados en pensiones del barrio estudiantil, los jóvenes gastaban las mesadas que les enviaban sus padres, para quienes el hecho de tener un hijo estudiando en la capital era, a la vez, motivo de satisfacción y de preocupaciones.

Los estudiantes de la metrópoli tenían una posición doblemente privilegiada: por vivir en la ciudad y por gozar de ella. Una ciudad que era el centro de las intrigas del poder, la hostil morada de la multitud errante y el espejo que

reflejaba las miserias y las grandezas del progreso porfirista, aquel que empantalonó a los indios para mostrar al exterior los triunfos del régimen. Ahí estaba la promesa de la civilización, con la ópera, el teatro, los salones literarios y el cinematógrafo.⁶² El campo era la barbarie, el vestigio de glorias pasadas o la amenaza constante para la paz. Que esto haya sido así no fue producto de una elección personal, sino de un modelo de crecimiento que centralizó el dinero, el poder y la cultura en la urbe e intentó negar la existencia de la campiña, por más que la chusma migrante durmiera en las aceras, poblara los vecindarios e invadiera el centro de la capital. El ambiente metropolitano devoraba poco a poco los recuerdos de la añorada provincia. Los jóvenes volvían a sus lugares de origen desdeñosos, petulantes, prestos a mostrar a familiares y amigos las ventajas del mundo urbano.

En *Ulises criollo*, José Vasconcelos describe, sin censuras mojigatas, las tribulaciones de un estudiante en la bella época del porfirato: deseos eróticos insatisfechos, ansias de celebridad, crisis místicas y desesperación. El realizó sus estudios entre arrebatos de "epilepsia espiritual", enamoramientos disparatados y sórdidas borracheras.⁶³ No fue el único: Antonio Caso, con todo y su fama de serio, tuvo un romance desdichado que inspiró versos románticos. Nemesio García Naranjo vivió también sus aventuras y abandonó un tiempo la escuela para viajar a Europa.⁶⁴ Otro fundador del Ateneo, Ricardo Gómez Robelo, recorría los cafés en búsqueda de mujeres.

Los últimos años del siglo XIX, afirma Pedro Henríquez Ureña, fueron de pesimismo agudo, con la influencia de Hartman y Schopenhauer, de la poesía decadente, de la novela rusa, el drama escandinavo y la filosofía de Nietzsche.⁶⁵ Eran los tiempos de la agonía romántica, la búsqueda de sensaciones, de la sordidez y el sufrimiento.⁶⁶ La superemotividad, recordaría años después Nemesio García Naranjo, "...estaba en todo su apogeo. Los temas obligados eran el beso fogoso, la contemplación del crepúsculo vespertino, los éxtasis frente a la luna, el llanto que debía ser tan

puro como amargo, el sufrimiento que se consideraba como pedestal indispensable de la belleza. Había que llorar porque el que no lloraba no podía ser considerado como poeta... Y además de perderse en el dolor, había que perderse también en el vicio, porque sin él ¿cómo aproximarse a Lord Byron? ¿Cómo no procurar los paraísos artificiales de Baudelaire? Si no se era un pervertido, había que aparentarlo".⁶⁷

En su incursión por la bohemia urbana, la tropa del Ateneo contó con la tutela y el ejemplo de los modernistas, afrancesados y rebeldes, cuyas impugnaciones contra la moral, el catecismo y la familia habían desembocado en toda una escuela de la vida; también de baile. Pero el ímpetu renovador del modernismo se estaba perdiendo cuando los ateneístas comenzaron su labor intelectual. Los otrora "poetas malditos" se encontraban instalados en los sillones de la burocracia o estaban muertos después de malvivir en la precariedad.

El grupo

En sus escritos autobiográficos, los ateneístas coinciden en señalar a los amigos, aquéllos con los que compartieron más o menos a la misma edad determinados sucesos, como sus verdaderos maestros. Coinciden, también, en ver a su generación como una pléyade autodidacta, formada en la lucha contra el positivismo y los dogmas que ponían freno a la libertad intelectual.

Aunque exagerada, esta visión tiene mucho de verdad. El grupo de pares desempeñó un papel clave en la formación de nuestros protagonistas. Y es que la ausencia de instituciones académicas dedicadas a la enseñanza de las humanidades y la falta de espacios formales donde aprender la profesión hacían indispensable el desarrollo de canales para el aprendizaje del oficio.⁶⁸ Los sujetos estudiados no adquirieron en la universidad los conocimientos literarios y filosóficos que habrían de utilizar en el futuro, sino en la práctica cotidiana, a través del contacto con maestros y condiscípulo-

los. Los primeros, entre los que destacan Justo Sierra, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez y Ezequiel A. Chávez, hacían las veces de padrinos, apoyando a sus discípulos en un mercado de influencias en el que la protección funcionaba como principio básico de la vida social. Los segundos eran no sólo los compañeros de desventuras, sino también los referentes desde los cuales construir una identidad, un modo de ser y de pensar.

El camino recorrido por el grupo del Ateneo no fue muy distinto al que habrían de transitar sus sucesores. Varios jóvenes con historias similares e inquietudes compartidas se encuentran entre sí, critican o niegan a sus maestros, lanzan empresas culturales y crean, en el transcurso de su provisional vida como estudiantes, nexos que van más allá de las afinidades ideológicas o los gustos políticos, un lenguaje común, una identidad generacional.⁶⁹ Con el tiempo, separadas las trayectorias personales y fracturados los afectos, esta identidad permanecerá.

Al igual que muchos otros núcleos intelectuales mexicanos, el del Ateneo surgió de una revista, *Savia Moderna*,⁷⁰ publicación marginal que, más que ser portavoz de una corriente, fue un espacio abierto para la experimentación. Del impresionante catálogo que colaboró en sus páginas habría de salir el grupo de "íntimos" que promovió la creación de la Sociedad de Conferencias y Conciertos y, posteriormente, del Ateneo de la Juventud.⁷¹ Nemesio García Naranjo no perteneció a este grupo: sus amigos eran otros y sus inquietudes distintas. Los demás sujetos aquí estudiados sí formaron parte de él. Sus testimonios y recuerdos de aquella época, con todo y su tendencia al heroísmo, dan cuenta de una de las hazañas más viva, más libre y aleccionadora de la vida cultural mexicana.⁷²

El local de *Savia Moderna*, y después el taller de Jesús T. Acevedo y las casas de Antonio Caso o Alfonso Reyes, eran los centros de reunión para la tertulia. Ahí se leía y comentaba tanto a los filósofos condenados como inútiles por el positivismo como a los clásicos griegos. En la literatura se volvió a la olvidada España

y, gracias a Ricardo Gómez Robelo y Pedro Henríquez Ureña, a las letras inglesas, prácticamente desconocidas en nuestro país. José Vasconcelos aportó al grupo el conocimiento de la filosofía oriental, con las traducciones en Inglés de Yavanalki y Buda. De estos libros, los jóvenes aprendices tomaron tanto los modos de vida como los contenidos teóricos, estilos e ideas. Buscaban en ellos, más que verdades hechas, formas de aproximarse y usar la cultura.

El método socrático utilizado para el aprendizaje recuerda al de los humanistas de fin de la Edad Media y los orígenes del Renacimiento, espléndidamente descritos por Jacques Le Goff.⁷³ El centro de la actividad era la lectura y el comentario, siempre polémico y apasionado, de textos elegidos en función de gustos e intereses personales. Como una especie de protestantes modernos, acudieron directamente a los libros, sin los filtros ideológicos ni la adquisición de los maestros. Esto estimuló formas de organización grupal muy peculiares, en los que cada quien aportaba dudas, conocimientos y obsesiones. Permitió, también, el establecimiento de un sistema de jerarquías dentro del cual destacaba, por su saber y vocación docente, la figura tutelar del "Sócrates" del grupo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña.⁷⁴

La relación entre este último y Alfonso Reyes, de la que queda como legado su voluminosa correspondencia,⁷⁵ es un ejemplo de complicidad intelectual entre iguales.

La identidad

En su búsqueda, no todos los amigos tenían las mismas inquietudes ni iguales oportunidades para acceder al conocimiento deseado, de manera que cualquier intento por homogeneizar lo que fue plural y diverso puede resultar infructuoso. Lejos de disolverse, las diferencias entre los sujetos elegidos se acentuaban conforme más se ponían en juego sus experiencias previas, necesidades momentáneas y proyectos al futuro. José Vasconcelos, impetuoso,

“volcánico”, al decir de Alfonso Reyes, sentía pasión por los grandes trazos, las ideas absolutas construidas, a menudo, sin elaboración profunda. No buscaba manejar con destreza una disciplina, o llegar, por la vía del esfuerzo sostenido, al conocimiento de un problema, sino construir una visión coherente del cosmos.⁷⁶ Recurrió a fuentes de lo más variadas: desde Buda hasta Virgilio. Pero, como señala José Joaquín Blanco, la influencia de Nietzsche fue definitiva: ...“no sólo nutrió poderosamente su pensamiento filosófico, sino su visión personal de la cultura e, incluso, la inspiración trágica que dio a su propio destino, a su propio personaje: un superhombre que no tuvo la culpa de nacer en un país dictatorial y periférico”.⁷⁷

La audacia de José Vasconcelos contrasta con la seriedad y la búsqueda academicista de Alfonso Reyes, quien encarna la imagen de rigurosidad, disciplina y juventud que se ha conservado de su generación. Ingresó a la vida literaria como poeta, pero pronto transitó hacia la prosa. Bajo la tutoría de Pedro Henríquez Ureña, hizo largas excursiones a través de la literatura española, de los autores ingleses y latinoamericanos. En el terreno literario, abandonó la pesada herencia del párrafo largo para buscar la soltura que le permitiría, en palabras de Antonio Caso, ...“dar forma artística a toda especie de ocurrencias”. En el campo filosófico resistió mejor que otros la fascinación del irracionalismo, pero también la tentación, siempre sentida por sus compañeros, de construir grandes sistemas.⁷⁸

Antonio Caso transitaba del verso romántico al ensayo filosófico. Sus primeros escritos caían dentro de los cánones de la oratoria española del siglo XIX; sus preocupaciones eran de índole moral.⁷⁹ Sus principales maestros fueron Kant, Stirner y Bergson. La cuestión religiosa, una constante en su vida y pensamiento, desempeñó un papel decisivo en este

proceso de búsqueda, mismo que lo llevaría hacia un “nuevo humanismo”, una cosmovisión cristiana del mundo que pudiera sostenerse sin contradecir las conclusiones científicas de la cultura occidental.⁸⁰

Si bien Nemesio García Naranjo participó en algunas actividades promovidas por el “grupo de íntimos” del Ateneo, nunca perteneció a él. Sus amistades eran otras (Rubén Valenti, José María Lozano, Diódoro Batalla) y sus intereses distintos: la poesía (esa sí romántica) y la historia. Apoyándose en las viejas relaciones de su otrora poderosa familia, inició su carrera en la administración pública. Al paso del tiempo, sus aficiones poéticas y de historiador irían cediendo ante una nueva pasión: la política.

Estas formas diferentes de apropiarse, crear y validar el conocimiento se produjeron dentro de un campo de producción cultural común que hacía posible y deseable el acceso a cierto tipo de saberes mientras excluía otros, que abría determinadas puertas y clausuraba otras. El florecimiento de un mercado editorial puesto al día en las novedades europeas, el desarrollo cosmopolita de la capital y la proliferación de movimientos culturales inéditos propiciaron que los jóvenes de principios de siglo vieran con escepticismo y desdén a sus “provincianos” ancestros y buscaran, como lo habían hecho antes los modernistas, nuevos horizontes para avistar. Dichos panoramas no tenían cabida en la academia ni formaban parte de una instrucción formal, lo cual tuvo efectos positivos pero también resultados lamentables. La voracidad intelectual, el eclecticismo y la amplitud de intereses que caracterizaron a este grupo difícilmente podrían haberse dado en un ambiente institucional, con mecanismos de evaluación e intercambio académico. Sometido a estas pruebas, sin embargo, quizás la obra de algunos de sus miembros hubiera ganado en cuanto a excelencia y rigurosidad.

Notas

¹ Julio Torri, *Diálogo de los libros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 216 y 219.

² Véase Bernard Goldsmith, *The Ateneo of la Juventud*, tesis, Clark University, 1969; Juan Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1962.

³ Luis González y González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989, p. 127.

⁴ Lía García Verástegui, *Del proyecto nacional para una Universidad de México (1867-1910)*, México, UNAM, 1980; Gilberto Guevara Niebla, *Las luchas estudiantiles en México*, tomo I, México, Línea, pp. 35-46.

⁵ Susana Quintanilla, *El Ateneo de la Juventud: trayectoria de una generación*, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras (tesis de doctorado), pp. 26-31.

⁶ La historia de la infancia y de la educación constituye un lugar privilegiado desde el cual mirar la vida privada, el mundo de lo cotidiano, y apreciar las líneas de cambio y continuidad en las relaciones humanas. Philippe Aries, *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*, New York, Vintage Books, 1962; Lloyd Mause (comp.), *Historia de la infancia*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

⁷ Para la realización de este ensayo recurrí fundamentalmente a testimonios y biografías de los intelectuales elegidos.

⁸ El grupo reunido en torno al Ateneo de la juventud fue mucho más amplio y heterogéneo de lo que comúnmente se supone. En él confluyeron intelectuales de generaciones anteriores (Luis G. Urbina y Enrique González Martínez) y personalidades con trayectorias, ideologías, posturas políticas e intereses variados. Dada esta diversidad, decidí centrarme en el núcleo de amigos que dio vida al Ateneo y que, en el transcurso de su carrera, hicieron de la enseñanza, la producción literaria, la crítica o la filosofía una forma de vida. Excluí a Pedro Henríquez Ureña, quien por su origen dominicano escapa a los propósitos de este estudio. Jesús T. Acevedo, Carlos Díaz Duffó Jr., Julio Torri, Alfonso Cravioto y Genaro Fernández MacGregor tendrían que ser incluidos en un trabajo más profundo sobre el tema.

⁹ Me refiero a los socios del Ateneo que se dedicaron principalmente a la política: Alberto J. Pani, Luis Cabrera, Félix F. Palavicini y Alfonso Cravioto.

¹⁰ Para una caracterización de este grupo social, véase Françoise Guerra, *México: del porfiriato a la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988 (2 vols.).

¹¹ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato, vida política interior, segunda parte*, México, Hermes, 1972, pp. 110-124.

¹² Alfonso Reyes, *Parentalia*, Monterrey, El Cerro de la Silla, 1958, pp. 47-52, 71-74.

¹³ Aurelio Lartigue, *Biografía del Gral. de División Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y Marina*, Monterrey, Tipografía del Gobierno en Palacio, 1901.

¹⁴ Leonardo Pasquel, "Juventud del maestro Antonio Caso", *Hoy*, 27 agosto 1953.

¹⁵ José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 13-24; José Vasconcelos, *Ulises criollo*, primera parte, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 9-23.

¹⁶ Héctor Aguilar Camín, "Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana", D. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 125-144; José Fuentes Mares, *Monterrey: una ciudad creadora y sus capitanes*, México, Jus, 1976; Candelaria Valdés Silva, *Los maestros rurales y el reparto agrario en la laguna*, México, DIE-CINVESTAV, 1990.

¹⁷ El padre de Nemesio García Naranjo, inconforme ante el derrocamiento del gobernador de Nuevo León, Genaro Garza, por el gobierno central, organizó un cuerpo militar para defender la soberanía del Estado. Tras la derrota se exilió con su familia en Texas, donde habría de vivir doce años. Nemesio García Naranjo, México, *Memorias*, s/e, 1963, t. I, pp. 120-128.

¹⁸ Esta doble función de la familia decimonónica es analizada por Michelle Perrot, "Funciones de la familia", en P. Aries y G. Duby (comps.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, t. IV, pp. 117-125.

¹⁹ De acuerdo con Guerra, las relaciones basadas en el parentesco eran, durante el porfiriato, las más sólidas. El éxito social de los individuos, su futuro y estatus, dependían, de hecho, de la red de vínculos en la que se integraban desde su infancia. Cfr. Françoise Guerra, *op. cit.*, pp. 127-132.

²⁰ Milada Bazant, "La educación de las mujeres durante el porfiriato", en *La educación en México: perspectivas regionales*, Xalapa, UAV, 1990; Mary Baughan, "Women, Class and Education in Mexico, 1880-1928", *Latin American Perspectives*, (4) (Feb. 1977), pp. 135-152.

²¹ Alfonso Reyes, *Albores. Segundo libro de recuerdos*, Monterrey, El Cerro de la Silla, 1960, p. 86.

²² David Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, México, Vuelta, 1988, pp. 126-158.

²³ Véanse los testimonios de Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, I, pp. 235-243; Alfonso Reyes, *Albores...*, p. 87; José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 415-489.

²⁴ Jean Pierre Bastián, "Protestantismo y sociedad en México", en *Historia Mexicana*, núm. 33, pp. 39-71.

²⁵ Moisés González Navarro, *Historia moderna de México. El porfiriato: vida social*, I, 3a. ed., México, Hermes, 1973, pp. 415-489.

²⁶ Pasquel, *op. cit.*

²⁷ Alfonso Reyes, *Albores...*, p. 74.

²⁸ Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, I, pp. 183-185.

²⁹ Françoise Guerra, *op. cit.*, pp. 248-282; Susana Quintanilla, "Cultura popular y escuela en el porfiriato",

La educación en México: perspectivas regionales, Xalapa, UAV, 1990; Mary Vaughan, "Primary Education and Literacy in Nineteenth-Century Mexico: Research Trends, 1968-1988", *Latin American Review*, vol. 25, núm. 1, 1990, pp. 31-66.

³⁰ Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, I, pp. 151-182, 219-226; José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 25-27, 31-34, 77, 81, 93-97.

³¹ Esta diversidad es indicativa del fracaso de aquellas reformas dirigidas a lograr un sistema educativo uniforme, con contenidos comunes y bajo el control del Gobierno Federal.

³² Sobre la transmisión del dogma liberal en la escuela primaria y su posible papel en el despertar de una conciencia opositora al régimen porfirista, véase: Françoise Guerra, *op. cit.*, I, pp. 426-445; Alan Knight, "Los intelectuales en la Revolución Mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 2, abril-junio 1989, pp. 42-50; Mary Vaughan, *Primary...*, pp. 42-53.

³³ Françoise Guerra, *op. cit.*

³⁴ Para el caso de Aguascalientes, véase: Salvador Camacho, *La educación socialista en Aguascalientes*, México, DIE-CINVESTAV, 1989.

³⁵ Williams, Raat, *El positivismo durante el porfiriato*, México, SEP, 1975.

³⁶ Quienes investigamos la historia de la educación hemos aprendido que, más allá de las reformas estatales y las iniciativas de cambio, la escuela mantiene prácticas de enseñanza y disciplina que permanecen casi inalteradas con el transcurso del tiempo.

³⁷ La historiografía de los intelectuales muestra la importancia que ha tenido sobre la formación de las élites culturales el acceso a la cultura de la palabra escrita.

³⁸ Margit Frenk, "Entre leer y escuchar", *Nexos*, núm. 130, octubre 1988.

³⁹ Milada Bazant, "Lecturas del porfiriato", Seminario de Historia de la Educación en México, *Historia de la lectura en México*, México, Colegio de México, pp. 205-242.

⁴⁰ Alonso Reyes, *Albores...*, pp. 77-85.

⁴¹ El Molinero de Friuli del siglo XVIII analizado por Carlo Ginzburg constituye el ejemplo del lector autodidacta. Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981.

⁴² José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 41-46, 71.

⁴³ Manuel Ceballos, "Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917", Seminario de Historia de la Educación en México, *op. cit.*, pp. 153-203.

⁴⁴ José Vasconcelos leyó a Rousseau y Spencer durante su primera visita a la capital, gracias a una tía que por entonces estudiaba en la Normal. Según su testimonio, ambos autores lo "desilusionaron".

⁴⁵ Moisés González Navarro, *op. cit.*, pp. 607-623; Ernesto Lemoine, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda*, México, UNAM, 1970.

⁴⁶ José Vasconcelos, *op. cit.*, I, pp. 147-166.

⁴⁷ Raat, *op. cit.*

⁴⁸ Alfonso Reyes, *Universidad, política y pueblo*, México, UNAM, 1967, pp. 29-37, 130-140.

⁴⁹ Tal es el caso de Justo Sierra, quien en 1905 se declaró públicamente espiritualista. Edmundo O'Gorman, "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México", *Filosofía y Letras*, vol. XVII, núm. 33, enero-marzo 1948.

⁵⁰ Clementina Díaz de Ovando, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días*, México, UNAM, 1970 (2 vols.).

⁵¹ Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, II, pp. 41-222.

⁵² José Fuentes Mares, *op. cit.*, pp. 57-106.

⁵³ Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, II, pp. 170-222.

⁵⁴ Luis González y González, *op. cit.*, pp. 176-178.

⁵⁵ Alfonso Reyes, *Parentalia...*, p. 140.

⁵⁶ Antonio Caso tuvo como compañeros a Isidro Fabela, Eduardo Colín y Salvador Urbina. En el tercer ciclo figuraban Genaro Fernández MacGregor, Vicente Sánchez Gabito e Ignacio Bravo Betancourt, mientras que en el cuarto comenzaban a destacar José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo y Abel Salazar. De la generación de José Vasconcelos sobresalen Carlos Sánchez Mejorada, Eduardo Tamarez, Federico González Garza y Guillermo Novoa. Miguel Alessio Robles, Alfonso Teja Zabre, Guillermo de Valle Arizpe, Alfonso Rosenzweig Díaz y los hermanos Olea formaron parte del grupo matriculado en 1905.

⁵⁷ Sobre el papel desempeñado por estas instituciones en el reclutamiento de las élites políticas y culturales, véase: Roderic Camp, *La formación de un gobernante: la socialización de los líderes políticos en el México postrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁵⁸ Lucio Mendieta, *Historia de la facultad de Derecho*, México, UNAM, 1956, pp. 105-109.

⁵⁹ Aguilar Islas (comp.), *La Escuela Nacional de Jurisprudencia (1867-1910)*, México, UNAM, 1986, pp. 43-50, 73-74 y 87.

⁶⁰ Alfonso Reyes, *Universidad...*, pp. 141-142.

⁶¹ Era común que entre los amigos del Ateneo se refirieran a Caso y Vasconcelos como los "volcánicos" mientras que Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña eran los apolíneos del grupo.

⁶² Moisés González Navarro, *op. cit.*, 749-812; José Emilio Pacheco, "Sombras del novecientos", Suplemento Cultural de *Siempre*, 18 diciembre 1968.

⁶³ José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 174-210

⁶⁴ Nemesio García Naranjo, *op. cit.*, IV, pp. 61-191.

⁶⁵ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 29.

⁶⁶ José Emilio Pacheco, *op. cit.*

⁶⁷ Nemesio García Naranjo, III, p. 74.

⁶⁸ Hay indicios de que en nuestro país los grupos de pares han desempeñado un papel decisivo en la formación de las élites culturales. De hecho, es común que los intelectuales destaquen su pertenencia a un grupo como su experiencia formativa más importante. Emmanuel

Carballo, *Diecinueve protagonistas en la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965.

⁶⁹ Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 125-127.

⁷⁰ El Fondo de Cultura Económica realizó una edición facsimilar de *Savia Moderna*. Alfonso Cravioto fue su creador e invitó a Luis Castillo Ledón como director. Entre sus colaboradores figuran Jesús T. Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, Eduardo Colín, Roberto Argüelles, Antonio Caso, Marcelino Dávalos, Nemesio García Naranjo y Alfonso Reyes. Entre los artistas plásticos estuvieron Saturnino Herrán, Jesús Martínez, Roberto Montenegro y Diego Rivera. Ya en el número cuatro de la revista apareció como secretario de redacción Pedro Henríquez Ureña.

⁷¹ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 232-235.

⁷² Antonio Caso, "Kant en Argentina y en México", *El Universal*, 7 febrero 1939; Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 236-237, 249-256, 260-268, 288-297; Alfonso Reyes,

Universidad..., pp. 123-170; José Vasconcelos, "El movimiento intelectual contemporáneo de México", Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la juventud*, México, UNAM, 1962, pp. 117-134.

⁷³ Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1985.

⁷⁴ El magisterio de Pedro Henríquez Ureña se prolongaría hacia las nuevas generaciones de intelectuales mexicanos.

⁷⁵ Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia (1907-1914)*, Edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

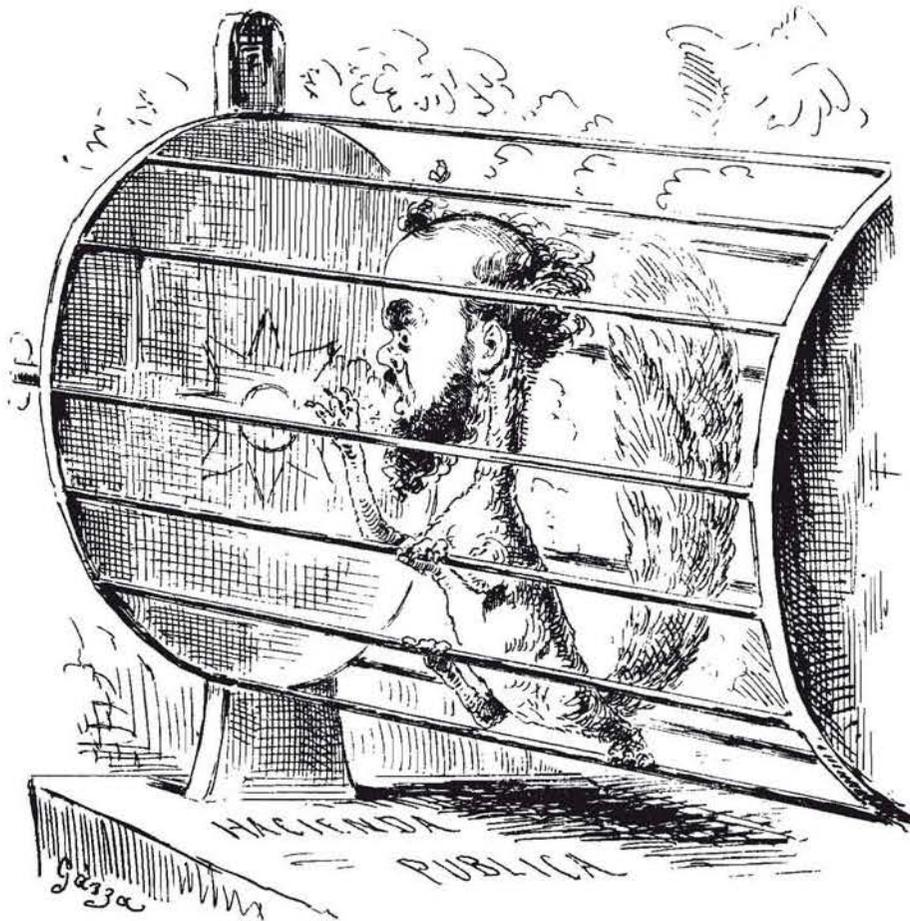
⁷⁶ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 127.

⁷⁷ José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 37.

⁷⁸ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 260, 264 y 267.

⁷⁹ José Gaos, "Las mocedades de Caso", *Homenaje de El Colegio Nacional al maestro Antonio Caso*, México, Cultura, 1946, pp. 23-30.

⁸⁰ Rosa Krauze de K., *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM, 1964, p. 27-30.





*De las cabañas sali,
A los palacios trepé
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mi.*